



### **El Quijote, una leyenda de amistad**

Excmo y Magfco Sr. Rector de la Universidad de Córdoba, Excmas e ilustrísimas autoridades, Ilustre Claustro de la Universidad, Compañeros, amigos, Sras y Sres:

La primera palabra que en este trance acude espontáneamente a mis labios es la del agradecimiento, --el modo más humano del lenguaje, pues ¿qué vida hay que no esté en deuda con todas las demás?. Gracias, muchas gracias, no por mera cortesía sino en la íntima convicción de la deuda que adquiere con esta Universidad de Córdoba por el honor que me hace de acogerme como miembro de su ilustre Claustro de Profesores. Gracias a los compañeros y amigos del Departamento de Filosofía, y, especialmente a Ramón Román Alcalá, que ha puesto en mi candidatura una gran solicitud y cuidado y ha querido hoy apadrinarme en tan solemne ocasión. Gracias también a los otros compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, su exdecano, mi buen y viejo amigo de antiguas lides académicas, José Manuel Cuenca Toribio, y su actual decano y nuevo amigo, don Eulalio Fernández, que la han promovido con tanto empeño y discreción; y al Rectorado y Junta de Gobierno de esta Universidad que finalmente la acogieron y aprobaron. Los grandes honores nos rebasan. Aun cuando pudieran ser merecidos, implican un crédito de cara el futuro, que excede el momento presente. Se nos concede una confianza, en virtud de lo hecho, por lo que aún está por hacer y un estímulo para poder conseguirlo. Son, pues, algo que no nos merecemos del todo, sino que hemos de hacernos dignos de merecer. Por eso, al recibir hoy la investidura del doctorado *honoris causa* por parte de esta Universidad, acepto el compromiso de deberme a ella y honrarla con mi trabajo y hacerme digno de la confianza que ha puesto en mí.

Este honor se ve acrecido por tratarse de mi ciudad, donde cursé el Bachillerato, que es tanto como decir donde se gestó mi avidez intelectual, en aquel Instituto de las Tendillas, único por su singularidad y su valía, con una pléyade prestigiosa de profesores, cuyos nombres más preclaros aún perviven en mi memoria,



con el mismo reconocimiento que debo a otros pocos profesores de la Universidad. De ellos, de mis primeros maestros en esta ciudad de Córdoba, aprendí algo más que ciencia y humanidades: exigencia, disciplina, buenas maneras, actitud cívica, en una palabra, humanidad. Aún me reconozco en aquel adolescente que acudía cada día a clase con su atillo de libros e ilusiones, tímido y curioso, para ver lo que la jornada daba de sí. De aquel tiempo diligente de formación guardo los recuerdos más profundos y vivos de esta ciudad, de sus gentes con una extraña mezcla de grave señorío y de gracejo popular; de sus callejas y sus plazas recoletas, líricas y meditativas, que tan bien rimaban con mi alma soñadora y ensimismada. ¿Cómo no sentir un íntimo gozo al ser honrado académicamente en la ciudad donde aprendí a vivir, cultivando mis sueños impacientes y disponiendo mis facultades para la hora de la madurez?. Debo mucho a otras ciudades, a Hinojosa del Duque, mi cuna entrañable, donde nació conjuntamente a la vida y al amor; a Madrid, a Barcelona, a Heidelberg, a Freiburg, --lugares íntimos de mi peregrinación intelectual; a Granada adonde me llevó, un día inolvidable, un destino amable y propicio, pero a ninguna debo, como a Córdoba, las claves secretas de mi personalidad, que se fraguó en aquellos años. Muchas gracias de nuevo por vuestro acogimiento, porque aquí verdaderamente me encuentro en casa.

En el Acta de concesión del Doctorado *honoris causa* se dice, entre otras razones, por “haber consolidado una firme y sólida tradición del pensamiento hispánico durante el siglo XX”. Ésta ha sido, en efecto, una de las metas de mi investigación. Los años de transición a la democracia, allá por el último cuarto del pasado siglo, fueron para mí una coyuntura determinante en mi tarea intelectual. Las gentes de mi generación, niños en la dura postguerra, éramos entonces como hombres adánicos, obligados a comenzar de nuevo, exentos de raíces culturales profundas, de tradiciones de pensamiento, de las que se nos había expropiado por la guerra civil. Desgraciadamente esta situación ha sido demasiado frecuente en la historia de España, con una cultura traumatizada por odios seculares, expulsiones, condenas y persecuciones, en las que tantas veces ha sido necesario volver a comenzar. De labios de mis maestros universitarios españoles, José Luis Aranguren y Pedro Laín, recogí el programa de crear una cultura integradora, en que pudieran entrar en diálogo vivo y creativo las fuerzas dispares de nuestras múltiples raíces culturales, a menudo discordes y enfrentadas en luchas intestinas. A este objetivo,



que pudiéramos cifrar en el lema de Renan, que Ortega hizo suyo, “excluir la exclusión”, he dedicado buena parte de mi actividad intelectual, reconstruyendo la cultura española anterior a la guerra civil, la liberal y la socialista, que tuvo su gran exponente en la gran generación de 1914, nuestros abuelos intelectuales, forjadores de los derechos civiles y sociales, que intentó realizar la II República. España alcanzó, por excepcional fortuna, una profunda sedimentación de su suelo filosófico en la primera mitad del pasado siglo. Como en miniatura prodigiosa, y en el arco histórico de treinta años, desde la raya de 1912-1914, en que aparecen los ensayos fundacionales del pensamiento español contemporáneo, *Del sentimiento trágico de la vida* de Miguel de Unamuno y *Meditaciones del Quijote* de José Ortega, respectivamente, hasta 1944, fecha de *Naturaleza, Historia, Dios*, de Xavier Zubiri, España asume el legado filosófico de la modernidad y sienta las bases de una filosofía original autóctona. Pensar desde ella, recreándola y prologándola, en la medida de lo posible, ha sido mi tarea. Mis estudios sobre Ortega y Gasset, sobre Unamuno, sobre Antonio Machado, sobre la generación finisecular española, desde Ganivet a Pío Baroja y *Azorín*, desde Ramiro de Maeztu a Manuel Azaña, han intentado recomponer ese amplio friso de ideas, valores e ideales que constituye la formidable herencia cultural de la II República española.

A Córdoba y su cultura se puede acceder por múltiples puertos literarios, artísticos y filosóficos. Pero no quisiera yo en esta ocasión recurrir a la cantera secular de Séneca, de Maimónides y Averroes, de Juan de Mena, de Pablo de Céspedes o de Góngora, por sólo evocar los nombres más preclaros, para cortar las piedras sillares de mi discurso. Hoy quisiera evocar aquí la figura egregia de Miguel de Cervantes, y hacerlo surgir de nuestra intrahistoria cordobesa, situarlo entre nosotros, en nuestras calles y plazuelas, como un vecino más de esta ciudad y sentir cómo su palabra, su escritura, nos interpela más vivamente que la de cualquier otro de sus ilustres hijos. Cervantes lleva en sus venas, como es sabido, sangre cordobesa de varias generaciones, al menos desde 1463, año al que se remonta el linaje de los Díaz de Cervantes cordobeses, cuyo primer apellido cayó en el abuelo Juan de Cervantes, como ha señalado Alfredo Alvar, posiblemente por ser “Díaz” un apellido de judeo-conversos.<sup>1</sup> De familia de mercaderes en paño, el abuelo Juan hizo estudios en

---

<sup>1</sup> *Cervantes, genio y libertad*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2004, págs 30-40.



Salamanca y llegó a ser abogado de rentas en Córdoba, y después de una vida de trotamundos, que le llevó de cargo en cargo, y de lío en lío, a Alcalá de Henares, Guadalajara, Plasencia, Baena, Cabra y de nuevo a Córdoba donde fue nombrado letrado de su Ayuntamiento y donde murió. Su hijo Rodrigo, nacido en Alcalá de Henares, tuvo menos fortuna que el padre, y anduvo también errante, en su modesta función de cirujano/sangrador, recalando de nuevo en Córdoba, donde fue familiar de la Inquisición. De modo que en Córdoba, cuna de sus abuelos, estuvo de niño, y tal vez de adolescente, Miguel de Cervantes, con su padre Rodrigo, al menos desde 1553, y posiblemente en ella y en Sevilla recibiría su primera instrucción, hasta 1566 en que llegó a Madrid, a la Escuela Municipal regentada por el erasmista López de Hoyos. Y en Córdoba recalca de nuevo Miguel en varias ocasiones, a lo largo de los treces años en que deambula por Andalucía como juez de comisión.<sup>2</sup> En Córdoba, según Jean Canavaggio, “habría hecho el escritor tres descubrimientos decisivos: la escuela, el teatro y la picaresca”.<sup>3</sup> La primera, en la academia de Alonso de Vieras o quizá en el Colegio de Santa Catalina de los padres jesuítas; luego, el teatro en algún tablado ambulante de Lope de Rueda, de donde le vino a Cervantes el gusto por la farándula y la representación, tan presente en su obra novelística,<sup>4</sup>. Y, por último, en Córdoba conoció, quizás de adolescente o en alguna de sus visitas, el mundo de la picaresca, que pululaba en torno a la posada de la plaza del Potro, referida por el propio novelista. Evocar aquí a Cervantes es, por tanto, evocar a un cordobés errante, que vivió aquí de niño y aquí recalaba de tarde en tarde, frecuentaba nuestras calles y se alojaba en sus posadas cuando por fuerza de su trabajo de recaudador tenía que visitar la ciudad. Si se me permite una ociosa especulación de paisano, no sería difícil encontrar huellas del carácter reconcentrado del cordobés, sentencioso y meditativo, en aquel “ingenio lego”, aventurero y desgraciado, astuto y valeroso, que nos contó la historia inmortal del caballero loco más famoso del mundo.

El *Quijote* no es ciertamente un libro de filosofía, pero nos ofrece, al trazar de mano maestra el juego del mundo, un enorme potencial de pensamiento. Decía

---

<sup>2</sup> Ídem,

<sup>3</sup> *Cervantes*, Espasa-Calpe, Madrid, 2004, pág. 63.

<sup>4</sup> Este interés por el teatro aparece en el *Quijote* en el episodio del teatro de títeres de maese Pérez en la venta o bien en los prodigiosos espectáculos escénicos, con que se celebran las bodas de Camacho o en la impresionante cabalgata burlesca que montaron los duques para divertirse a costa de sus huéspedes, don Quijote y Sancho



Miguel de Unamuno que buena parte del pensamiento español, por una específica peculiaridad histórica, está vertido, “difuso y líquido en literatura”. Quisiera hoy hacer un ejercicio de reflexión en torno a la idea de “amistad” en el *Quijote*, la personal y la civil, tan maltrecha la última en nuestro país, especialmente en la confrontación con frecuencia sañuda de la política, donde emergen tristemente nuestros demonios familiares. En un novelista, no importa tanto lo que se dice expresamente, ni tan sólo cómo se dice lo que se dice, sino cómo se hace o fragua en la acción literaria. No se trata, pues, de espigar una colección de aforismos cervantinos sobre la amistad. Me propongo, más bien, verla ejecutivamente, aconteciendo, plasmándose en gestos y actitudes, en las páginas del *Quijote*, y más concretamente en el nudo denso de relaciones, que se despliegan entre el caballero y el escudero, al compartir un mismo camino y su aventura. En el pensamiento moral expreso de Cervantes nada hay semejante ni más instructivo que la historia de esta amistad, donde nos ha legado, para un pueblo doliente del conflicto histórico de castas, su testamento de reconciliación y concordia. Como ha escrito uno de los más finos investigadores de la ética cervantina, Hans-Jörg Neuschäfer,

Solo teniendo en cuenta la relación de don Quijote y Sancho se puede juzgar de forma definitiva el alcance moral de la figura de don Quijote, pues ahora se ha puesto de manifiesto que la caballería forma solamente una parte de él y que más que por ella debemos juzgarle por su amistad con Sancho, quien, de acuerdo con una bella observación de Unamuno, es el representante de toda la humanidad (...). Y lo paradójico aquí es que don Quijote, que fracasa siempre lamentablemente en sus gloriosas aspiraciones caballerescas, consigue sin darse cuenta, como amigo de Sancho Panza y de otras personas de la novela, lo que él justamente quería ser, un amigo y una ayuda de la humanidad.<sup>5</sup>

En esta idea directriz se inspira mi exégesis cervantina en esta solemne ocasión. Han sido muchos los intérpretes que han reparado en la trascendencia ética y social de estas relaciones, desde Menéndez Pelayo, Américo Castro y F. Márquez Villanueva, entre otros, hasta Eric Auerbach y Harold Bloom, por sólo referirme a los más conspicuos. Pero no se ha analizado en concreto la historia ejemplar de este relación en sus vicisitudes internas, en sus altercados y reconciliaciones, en el vaivén

---

<sup>5</sup> *La ética del Quijote*, Gredos, Madrid, 1999, pág. 47.



de sus confianzas, desconfianzas y fidelidades, incluso en sus agudos conflictos hasta que surge el reconocimiento final. Téngase en cuenta que las diferencias entre Sancho y don Quijote no pueden ser más profundas ni más propicias para un completo antagonismo. Si la amistad ha de darse entre iguales, como sostiene Aristóteles, nada más ajeno en esta mítica pareja de andariegos. Sus diferencias sociales son profundas, hidalgo medio don Quijote con cierto linaje en las armas de sus abuelos, y pobre labrador de pegujares, Sancho Panza; culto el hidalgo por su ávida lectura de libros y más libros, cuya compra le ha llevado a la ruina, y analfabeto Sancho, sin más guía que su sano sentido común. Se une a ello su diferencia de creencias básicas y actitudes, --el idealismo alucinado del caballero y el torpe y a veces grosero realismo del escudero-- que va a ser la causa de algunos de sus más notables altercados. Y, por si fuera poco, la diferencia de castas, el conflicto más profundo que fractura violentamente la sociedad española en “la edad conflictiva”, como la ha llamado certeramente Américo Castro: Sancho es “cristiano viejo”, como él mismo se confiesa (II,3,651) castizo y rancio, “con cuatro dedos de envidia sobre el alma”,--dice Cervantes- aludiendo a su condición de católico enterizo, fiel y temeroso hijo de la Iglesia y, en general, partidario del buen orden social. De ahí sus profundos temores cuando don Quijote liberó a los galeotes y se enfrentó con la Santa Hermandad, poniéndose al margen de la ley. Don Quijote, por su parte, es un cristiano nuevo, esto es, descendiente de conversos, al igual que Cervantes, como sostiene Américo Castro, por el fuerte idealismo de sus creencias, su actitud moralizadora y un cierto sabor erasmista en su religiosidad interior.<sup>6</sup> La originalidad cervantina de hacer a convivir estrechamente a dos individuos de tan opuestas y radicales actitudes íntimas, poniéndolos en el trance de hacer por entenderse en los caminos de España y bajo los cielos libres es una muestra incontestable de una gran genialidad literaria y moral. Y estos personajes forman un dúo entrañable, único. Ambos componen “una figura mixta, más original que cada uno por separado”,<sup>7</sup> y, lo que más importa, más valiosa éticamente para un pueblo resentido de odios y sospechas de limpieza de sangre, que necesitaba la gran lección práctica y civil de la convivencia. Es una amistad difícil, que se hace y fragua a lo largo del camino mediante el trato y la conversación. Ellos no

<sup>6</sup> Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, ob. cit., 345-6 y *Cervantes y los casticismos españoles*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, pág. 32.

<sup>7</sup> *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1997, pág. 144. “Juntos --dice E.C. Riley--, Quijote y Sancho forman un todo mayor que la suma de ambas partes” (*Introducción al ‘Quijote’*, Crítica, Barcelona. 2000, pág. 79)



podían sospechar siquiera que con su historia legendaria creaban un ejemplar de convivencia, que ha pasado a la literatura universal.

La verdad es que los comienzos fueron difíciles por la índole de la relación de partida que había de darse entre ellos. Don Quijote necesitaba de un escudero a su servicio, según la relación canónica que había leído en los libros de caballerías y pensó en un vecino labrador, “hombre de bien, si es que este título puede darse –comenta Cervantes con ironía– al que es pobre”(I,7,91).<sup>8</sup> Para ello hubo de apelar a promesas y mercedes, que tentaron conjuntamente la ambición y la fantasía del rústico. El caso es que “con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos, y asentó por escudero de su vecino”(Ibíd.,91-92). Claro está, se asentó exclusivamente sobre la palabra de don Quijote. Hay que tener en cuenta que toda esta empresa existencial se inicia con un acto de confianza recíproca. Los dos salieron de la aldea a hurtadillas, esto es, “de noche y sin que persona les viese”, en abierta complicidad en aquella extraña aventura de salir de juntos, tan dispares, a convivir en el ancho campo libre del mundo

Sancho caminaba pendiente de la promesas de su señor, y éste se comporta como un amo que se preocupa de su escudero y quiere iniciarle en el mundo de la caballería andante, “que mayores secretos --le dice-- pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte (I,10,115). Estas palabras son ya, potencialmente, una promesa de amistad. Las cosas, sin embargo, no rodaron bien para ambos, yendo de fracaso en fracaso; ni don Quijote veía acreditado su valor por la fama ni Sancho cumplida la promesa de su amo. La relación entre ellos no fue nada fácil. Aparte de las profundas diferencias de actitud y opinión, estaban las del carácter. Don Quijote era colérico con una punta de orgullo<sup>9</sup> y Sancho terco y rudo, de modo que con frecuencia tenían que

---

<sup>8</sup> Se cita *Don Quijote de la Mancha*, indicando si es la primera o segunda parte en caracteres romanos, seguido del número del capítulo en caracteres arábigos, y el de página, según la edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Crítica, Barcelona,1998.

<sup>9</sup> Pero noble y buen migo de sus amigos como mostró el episodio de su vencimiento del Caballero de los Espejos, a quien al requerirle don Quijote que le mostrase el rostro y encontrarse por encantamiento con el del bachiller Sansón Carrasco, no pudo consumir su castigo, porque, según razona a Sancho, “ la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón”(II,16,750).



estallar. El escudero no entendía el código caballeresco de su señor ni sufría los desvaríos de sus aventuras, y, pronto dio en imaginar que el mundo de los caballeros andantes “todo debe de ser cosa de viento y mentira y todo patraña (I,25,277), con lo que comenzó a flaquear su fe en la palabra de don Quijote. Éste por su parte, no soportaba las pocas entendederas de Sancho acerca de las cosas de caballería. Y aun cuando conversaban a lo largo del camino, no lograban entenderse.<sup>10</sup> Para colmo a don Quijote con frecuencia le importunaba la conversación de Sancho y en varias ocasiones le mandó callar. Pese a la complicidad que imponía forzosamente el andar juntos de camino, don Quijote rehuía el trato directo, que esperaba ingenuamente su escudero, a quien reprendió severamente en varias ocasiones y hasta llegó a vapulearlo. Luego aprovechó la ocasión, después de excusarse por su acceso de ira, para dejar claras las reglas del juego, conforme al código de caballerías:

De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado, y de caballero a escudero. Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquier manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. (I,20.221).

Los sinsabores y derrotas llevaron a Sancho a quejarse de su suerte e intentar disuadir a su señor y hasta proponerle la vuelta a casa, pues “estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál sea nuestro pie derecho”(I,18,187). Incluso en una ocasión, viendo derribado y malherido a su señor por las pedradas de los cabreros después de la lucha de don Quijote con el ejército de sus ovejas, llegó a desesperar de su señor, “maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer”(I,18,195). Pero pese a todo, tuvo paciencia y luego se aficionó a su compañía, admirando su caballerosidad y valor, se dejó contagiar de su entusiasmo, lo socorrió en sus fracasos e intentó persuadirlo para que se liberase del carro enjaulado, en que engañado por el cura y el barbero lo hacían volver a casa. Y puesto que no pudo conseguirlo, lo consoló en aquella vuelta desengañada. Es admirable que al final de la primera parte, Sancho hable en plural de identificado afectivamente que se encuentra con su amo:

---

<sup>10</sup> Véase mi ensayo, “Sentido y formas del diálogo cervantino”, en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid,



--Volvamos a la aldea --le dice-- en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

--Bien dices, Sancho, respondió don Quijote-- y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre (I,52,588).

Si la primera salida había sido un fracaso, había que intentarlo otra vez. El empeño se había vuelto entretanto cosa de dos. Cuando después de vueltos a la aldea, Sancho se acercó por su casa para visitarle, recibió una humillación infamante de parte del ama quien lo insultó agriamente, inculpándolo de sonsacar a su señor, y hasta intentó impedirle la entrada en la casa. El pobre escudero, no pudiendo soportar la afrenta, estalló de indignación:

--Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído y el llevado por esos andurriales soy yo que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotros os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engaños, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero (II,2,640).

Don Quijote, al oír el altercado, lo hizo entrar. Sin duda, la queja de Sancho estaba justificada, pues fue don Quijote quien lo sacó al camino, contagiándole algo de su pasión por la andante caballería. Pero también se comprende la respuesta dolorida de don Quijote, apelando a una historia de complicidad y vida compartida como entre compañeros de destino.

--Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y ésto es lo que te llevo de ventaja (II,2,641).

El énfasis en el adjetivo “juntos” marca lo estrecha e íntima que había sido la convivencia. Y, sin embargo, aún no había alcanzado un trato de amistad. Don Quijote pensaba en una relación cuasi patriarcal con su servidor, como parte íntima de su casa



y hasta de su persona. Esta relación se expresa adecuadamente en la metáfora organicista y cuasi mística del cuerpo, cuya cabeza sufre con la suerte de sus miembros, lo que le brindó a Sancho la oportunidad de una réplica irónica y socarrona:

Así había de ser –dijo Sancho–pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos (II,2,642).

Con frecuencia don Quijote se dirigía a su escudero con el apelativo de “Sancho, hijo”, expresión que deja ver el tono familiar y afectuoso, propio de una relación patriarcal. Pero Sancho, ciertamente, deseaba otro trato, por así decirlo, más objetivo y reglado, como exigían los nuevos tiempos y relaciones mercantiles, de modo que a la hora de discutir con su amo los detalles de la nueva partida, que éste planeaba, se atreviera a solicitarle un contrato, amparándose en que a ello le instaba su mujer. Pero esto significaba para don Quijote romper con la vieja usanza de la caballería, a la que no estaba dispuesto a ser infiel. Sancho se puso terco en el asunto y no hubiera cedido en su propuesta de no mediar el bachiller Sansón Carrasco ofreciéndose por escudero de don Quijote y éste dispuesto a aceptarlo. Fue un grave desplante que humilló la autoestima de Sancho, “pues tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo”(Ibíd.,682). Llevado quizá por la ambición o quizá por el cariño, --(que así de confusas son las motivaciones humanas)--, el criado aceptó de nuevo confiar en la palabra de su señor, no sin antes asegurarse otra vez de sus promesas:

--Sí digno --respondió Sancho--, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió--: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panza, de quien yo desciendo; y más que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced. (II.7,684).



De momento, no hubo ruptura de relaciones entre los vecinos, y pese a las humillaciones, el incidente se saldó favorablemente. “Finalmente, --cuenta Cervantes--, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos” (II,7,685). En el fondo, don Quijote llevaba razón: para convivir estrecha y solidariamente se necesita, más que un contrato objetivo, un compromiso personal, lo que implica un acto de confianza recíproca. Gracias a esta fórmula, las relaciones entre ambos pudieron ser más íntimas y cercanas. Pero, con todo, hay un defecto en la fórmula, pues implica una relación unilateral de dependencia, mientras que la amistad, como enseñó el viejo Aristóteles, sólo es posible entre iguales, o entre los que se igualan a través de su mutua entrega y comunicación. Sancho hubo de salir de nuevo confiado en la palabra de su señor y vinculando con él su suerte, pendiente otra vez de su merced. El tema del salario retorna agriamente en el capítulo xxviii de la segunda parte, con motivo del incidente del rebuzno, en que don Quijote huyó cobardemente de defender a su escudero cuando se vieron asaltados por una enfurecida muchedumbre. El vivo reproche de Sancho a su señor, --“yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña”(II,28,863) --debió de herir a don Quijote en lo más vivo de su autoestima. Es un incidente de máxima tensión dramática en sus vidas, porque afecta al sentido mismo de su relación, ya que el señor debe proteger a su escudero y éste servirle con fidelidad. Afectado Sancho más por la huída y abandono de su señor que por sus espaldas doloridas, pensó en volver a casa, y “no andarme --(le dice)-- tras vuestra merced por caminos sin camino y por sendas y carreras que no las tienen”(II,28,864), es decir, caminos de extravío que no llevan a ninguna parte. La respuesta de don Quijote, sintiéndose afeado en su comportamiento, nos resulta hoy seca y altanera:

--Hablad, hijo mío, todo aquello que os viene al pensamiento y a la boca, que a trueque de que a vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias. (II,28,864).

Y en la porfía por las cuentas que hace Sancho, don Quijote se impacientó y llegó a despedirlo airadamente y con insultos:

--Vuelve las riendas, o el cabestro, al rucio y vuélvete a tu casa porque un solo paso más desde aquí no has de pasar adelante conmigo (...) Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuanto se te acabe el curso de la vida (Ibíd.,866).



Duro lenguaje, al que Sancho, que en otras ocasiones he hemos visto reafirmar vigorosamente su personalidad, respondió con una mansedumbre, que sólo puede atribuirse al respeto y cariño que sentía por su amo. Cervantes se complace en recoger detalladamente la escena, como un nudo crucial de las relaciones entre ambos:

--Miraba Sancho a don Quijote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decía, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas a los ojos y con voz dolorida y enferma le dijo:

--Señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más que la cola: si vuestra merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le seguiré como jumento todos los días que me queden de mi vida (Ibid.,866-7).

No deja de haber, aun en medio de la sinceridad de pedirle perdón, un fino reproche irónico en lo de “seguirle como un jumento”, pues esa no es la vía libre que lleva a la amistad. La dependencia unilateral genera servidumbre. Las cosas tienen que variar en alguna situación crítica para que las relaciones cambien de nivel y se rompa el sometimiento servil. Hubo también entre ellos algunos altercados, debidos a la lógica objetiva de sus distintas actitudes y creencias, estallando dentro de un marco sociopolítico de vasallaje. De ahí que hasta que no salte por los aires tal marco son en él inviables las plenas relaciones interpersonales, tal como requiere la amistad. La dependencia de la relación no lo hace posible. En dos ocasiones golpeó don Quijote a Sancho haciendo uso de su autoridad. El buen Sancho no protestó porque entendió que había algún motivo de por medio y estaba dentro de la obediencia debida. Pero a la tercera fue la vencida. Fue con motivo del encantamiento de Dulcinea, creencia que él mismo Sancho había suscitado en su señor, con la extraña y jocosa escena de las tres labradoras a la salida del Toboso. Toda la segunda parte de la obra se la pasa don Quijote penando por ver a Dulcinea, y luego, sufriendo por no poder desencantarla, sin advertir que es el desencanto de su propia fé en ella. El caso es que el mago Merlín había declarado que Dulcinea sólo podía ser desencantada mediante tres mil trescientos azotes en las posaderas de Sancho, (justa decisión por haber sido éste el culpable de su encantamiento), y él, impresionado por el oráculo y acuciado por



todos, no tuvo más remedio que consentir a ello, a “condición --dice-- de que me los tengo de dar cada y cuando yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más pronto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea(II,35,928). Como era de esperar, cualquier día de tardanza era ya demasiado para la impaciencia de don Quijote, quien lo apremió en varias ocasiones a que se disciplinara cuanto antes para desencantar a su señora. Y en vistas de su negativa, el mismo don Quijote se tomó la reparación por su mano. La escena es de una gran intensidad dramática, porque vemos a estos dos entrañables compañeros de aventuras venir a las manos. Era fresca la mañana, y en medio de un bosquecillo, donde han ido a guarecerse, Sancho se quedó dormido echado contra un árbol.

--“¿Qué es esto?¿Quién me toca y desencinta?.

--Yo soy --respondió don Quijote--que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en el descuido, yo muero deseando; y, así, desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte en esta soledad por los menos dos mil azotes.

--Eso no --dijo Sancho--.Vuestra merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme: basta que doy a vuestra merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere-

-- No hay dejarlo a tu cortesía, Sancho --dijo don Quijote--, porque eres duro de corazón y, aunque villano, blando de carnes.

Y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle; viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie y, arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba, púsole la rodilla derecha sobre el pecho y con las manos le tenía las manos de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía:

-- ¿Cómo, traidor?¿Contra tu amo y señor natural te desmandas?¿Con quien te da su pan te atreves?.



--Ni quito rey ni pongo rey—respondió Sancho—sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por ahora, que yo le dejaré libre y desembarazado (...)

Prometióselo don Quijote y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese (II,60,1117-1118)

Por fin ha estallado un conflicto objetivo, porque Sancho se niega a obedecer a costa de sus carnes una orden de la que la consta su falsedad manifiesta, pues él mismo la ha urdido en su motivación última, y mucho menos a la fuerza, habiendo consentido él con azotarse voluntariamente. Pero, sobre todo, le humilla que su amo lo trate como un chiquillo, o como un jumento que lo sigue sin rechistar. En este punto, la rebelión de Sancho rompe la relación de dependencia. Demuestra ser señor de sí mismo, simplemente, sin pretensión de quitar o poner rey. Su gesto le arranca a don Quijote una promesa de respeto a su libertad. De nuevo tiene Sancho que confiar en su palabra, pero ya no está pendiente de su merced sino de la promesa de respetar su albedrío. Ahora son iguales en libertad. Ninguno le pide perdón al otro, porque en verdad no hay nada que perdonar. Basta una palabra de respeto para que todo quede en su punto, en un clima de libertad entre iguales. Ya no hay “señor natural”, sino convivencia plenamente civil.

Desde esta resolución del conflicto, podemos repasar ahora el sentido incoativo de escenas pasadas de convivencia que no quedan anuladas ni suspendidas por este acto, sino recogidas y consumadas en su pleno sentido de amistad. Para que tal haya, es preciso que se den ciertos actos que así la acreditan. Es propio de los amigos, la confianza, el consejo y el consuelo, y, sobre todo, el cariño que nace del trato y la estimación. Como premisa fundamental es preciso destacar que la amistad entre don Quijote y Sancho es un don de la palabra, de la conversación incesante mientras comparten las aventuras del camino. En la palabra compartida residen todos los modos de la amistad. Ante todo, la confianza, que ha de ser recíproca, y sólo puede darse cuando se mantiene la fe en el otro, incluso contra la duda razonable. Sancho habla con franqueza a don Quijote, cuando éste le requiere que le cuente lo



que de ellos dicen en la aldea (II,2,643-4) y don Quijote, por su parte, le abre su corazón a Sancho al contarle sus amores imposibles con Aldonza Lorenzo. Caballero y escudero creyeron uno en otro, pese a sus diferencias de convicciones y actitudes, aun cuando pudieran dudar en concreto del sentido de determinadas acciones. Hubo también burlas, es cierto, de parte de Sancho a su señor, como la escena en que le hizo creer que Dulcinea iba encantada en la forma de una aldeana, pero eran piadosas, para salir del paso con astucia, sin asomo alguno de maldad y afrenta. Como hubo riñas e impacencias airadas de parte de don Quijote, sobre todo, cuando Sancho se metía imprudente de por medio en sus asuntos (II,58,1104). Pero, pese a todo, supieron convivir, y para convivir es preciso creer en el otro y fiarse de su palabra y pensar, en caso de duda, que antes puede estar equivocado o soñando que actuar de mala fe. Se dió también entre ellos, el don del consejo, incluso de parte de Sancho que en ocasiones se atrevió a dárselo a su señor, intentando disuadirlo, con lágrimas y con “la mayor ternura del mundo” de acometer alguna empresa descabellada (I,20,209), o, cuando le propuso con buen sentido, “salvo el mejor parecer de vuestra merced” – dice—ponerse al servicio de algún emperador que tenga alguna guerra (I,21,229), en lugar de malgastarse en locas aventuras; o bien, cuando le pidió encarecidamente que no se pusiera fuera de la ley, “porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías” (I,23,248). Don Quijote, por su parte, no tiene tan perdido el juicio que no le de a Sancho con frecuencia los consejos más sensatos. Son proverbiales los que le dió con motivo de partir a gobernar la Ínsula Barataria, en los que se ha visto una abreviatura doméstica de un memorial de príncipes.

Pero, sobre todo, decía antes, cariño, y con él respeto y fidelidad. Los amigos se estiman en verdad y hablan bien uno del otro, cualesquiera que sean las circunstancias y los cambios de la fortuna. Pese a los insultos ocasionales, que a veces hizo a Sancho don Quijote, llevado por su cólera, en la hora de la verdad, esto es, de la sabia y justa determinación, le dedicó un rosario de epítetos elogiosos, “Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho sincero” (II,11,717), en suma, dice en otra ocasión, “el mejor hombre del mundo” (I,50,572), una persona de la que se puede fiar y con la que puede convivir. Mucho más mérito, si cabe, tienen los elogios recíprocos de Sancho a su señor porque se hacen en confesión espontánea y pese a los insultos recibidos. Conversando entre iguales con el falso escudero del caballero del Bosque,



éste dice de su amo que es valiente, pero bellaco, quizá con la mala intención de inducirle a Sancho a desahogarse contra don Quijote:

Eso no es el mío, --respondió Sancho--, digo, que no tiene nada de bellaco; antes bien, un alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esa sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga (II,13,730-731).

No es la única vez que Sancho hace semejante declaración. En otra ocasión excepcional, puesto a prueba por la duquesa que desconfiaba de su buen juicio para darle el gobierno de la isla, puesto que seguía al loco de su amo, se sintió el criado en el brete de renegar de su señor y abjurar de su vida con él, pero no hizo tal, sino que confesó su estimación por él:

-- si yo fuera discreto días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero este fue mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y, así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón (Ibíd.,906).

Soberbia declaración de fidelidad al amigo que debiera figurar en la mejor antología de la amistad. Su encuentro con don Quijote ha sido como un destino, que fija su ventura y su malandanza. Él no puede cambiarlo. Pero lo tiene asumido y transfigurado en amor de amistad. Nada ni nadie podrá obligarlo a renunciar a él. Curiosamente, la misma duquesa había puesto antes a prueba, indirectamente, la fidelidad del caballero, al dudar de la discreción de su escudero, provocando así el testimonio rotundo de don Quijote a su favor: “cuando pienso que se va a despeñar de tonto—dice don Quijote—sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría por otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad”(II,32,900). El reconocimiento, pues, entre ambos amigos, de uno por el otro, a lo largo de su convivencia, ha sido verdaderamente integral.



Ahora bien, no hay amistad verdadera en que no se lleve a cabo una transformación recíproca. Ellos lo sabían y notaban este contagio. Lo advirtió primero don Quijote, como más sagaz, pero lo dijo sencillamente Sancho, pues la verdad suele estar de ordinario en la boca de los más sencillos:

--Cada día, Sancho --dijo don Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto.

-- Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced --respondió Sancho--que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos (II,12,720)

La presunta contaminación es realmente una transformación. "Sancho --constata E. Auerbach-- acaba por enamorarse de la locura del caballero y del propio papel que él desempeña a su lado; su modo de ser y de sentir se ha desarrollado del modo más asombroso. A pesar de lo cual, él sigue siendo quien es, Sancho, de la familia de los Panza".<sup>11</sup> No creo, sin embargo, que se trate de una transformación hacia la unidad de ambos, sino del progreso de cada uno, mediante el otro, a la íntima plenitud de sí, interiorizando su diferencia, como el otro yo en sí mismo. Cada uno lleva en sí su *alter ego*, como una diferencia inmanente, que enriquece su propia conciencia y saber de sí.

Sostiene Pedro Laín, en su fino tratado *Sobre la amistad*, que la plenitud personal de ésta reside, con lenguaje de Max Scheler, en la *co-ejecución* de un acto, tal que en él se alcance la *con-vocación*, la *con-misión* y la *co-destinación*, a una, esto es, conjuntamente de las dos vidas,<sup>12</sup> no por fusión simpatética o mística, sino por comunicación y colaboración en la misma y conjunta tarea y destino. La fórmula puede parecer excesiva, y en todo caso, habría que tomarla como un paradigma ontológico de la amistad consumada. Algo de esto, no obstante, se deja vislumbrar entre don Quijote y Sancho, sobre todo, en el arco final de sus aventuras y des-venturas, cuando ya en pie de igualdad fraternal, caminaban hacia el ocaso. Don Quijote ha sido vencido en Barcelona por el caballero de la Blanca Luna, el disfraz del bachiller Sansón Carrasco, y éste le exige su retirada a la aldea, en señal de derrota. Llega, pues, lo más

<sup>11</sup> *Mimesis*, ob. it., 332.

<sup>12</sup> *Sobre la amistad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, pág. 215.



duro, la disciplina más exigente: la renuncia a los sueños de gloria, cada uno a la suya respectiva, a la fama don Quijote y al poder y riqueza Sancho Panza. Puede decirse que en este trance de-cisivo, ambos co-ejecutan un acto de des-engaño, que los alcanza en común. Nunca ha habido más profunda empatía, sim-patética y piadosa, entre caballero y escudero que en esta escena de la derrota final, con don Quijote rodando por el suelo, maltrecho y definitivamente vencido:

--Levantaron a don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesorado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: prarecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo por el viento (II,64,1160-1161).

No era preciso que Sancho lo imaginase; realmente lo vivía o con-vivía con don Quijote, también vencido él y humillado en la derrota de su compañero de infortunio. En los días que siguieron de convalecencia, Sancho se esforzaba en consolarle, consolándose así mismo en sus palabras y haciéndoselo saber a su compañero:

--Volvámonos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, Y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque vuestra merced el más malparado (II,65,1163).

Así mismo, co-ejecutan un acto de solidaridad entre ellos, más vivo y efectivo que nunca. Y esta solidaridad en su común desengaño abona sus almas para una transmutación interior definitiva. Don Quijote, cristiano nuevo y caballero lego, con una religión secularizada en una caballería andante por la justicia, refrescaba su seco idealismo en el venero del alma caritativa de Sancho,<sup>13</sup> y éste, a su vez, cristiano viejo, temeroso de la Santa Hermandad y amante del orden establecido, acabó dando pruebas de magnanimidad y liberalidad en su gobierno de la ínsula, demostrando



haber interiorizado bien los consejos de su señor y, sobre todo, su pasión de libertad. Exageraba don Quijote cuando, al darse a conocer al caballero del Bosque, repitió la fórmula aristotélica de que cada uno es el mejor amigo de sí mismo:

–Sosegaos, señor caballero –dijo don Quijote—y escuchad lo que decir os quiero. Habeis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo (II,14,736).

La historia en común le enseñó que su mejor amigo era Sancho, su *alter ego*, y ya irremediadamente, una parte de sí mismo. Entrando en la aldea, vencidos y desengañados, don Quijote interpretó por mal augurio una liebre que huía de los cazadores, --*¡Malum signum! ¡Malum signum!*. Libre huye, galgos la siguen; ¡Dulcinea no parece” (II,73,1210), y Sancho la tomó de entre las patas de Rocinante, donde había ido a refugiarse, y la puso en brazos de su señor como la trémula caricia de la encantada Dulcinea. No cabe imaginar mayor fineza. Don Quijote supo también tener con él delicadezas de amigo: recompensó sus servicios generosamente y, sobre todo, le dedicó, ya en su lecho de muerte, el más hermoso y veraz reconocimiento:

--Y si, como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece (II,74,1219).

Luego, ya gravemente enfermo, Sancho no se apartó de su cabecera (II,74,1216) y, en medio de su desolación, tuvo aún arrestos para darle el último consejo, quizá aprendido del ánimo y esfuerzo que su amigo le demostró en el camino de la vida:

--No se muera, vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía (II,74,1219).

---

<sup>13</sup> El más bello gesto de solidaridad humana lo pone Cervantes en el haber de Sancho, al darle un trozo de pan y queso al niño Andrés, a quien don Quijote había liberado en falso de su amo. “Toma, hermano Andrés—dice Sancho—que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia” (I,31,167).



Cuenta Cervantes que cuando Sancho partió a gobernar la Ínsula Barataria, “don Quijote sintió su soledad” y se puso melancólico (II,44,982). Probablemente, aun cuando no lo cuente la leyenda, al buen Sancho le pasaría otro tanto cuando murió don Quijote: enfermaría también de melancolía por haber perdido a su señor y amigo entrañable, y, en su soledad y desfallecimientos, sólo le serviría de consuelo recordar la historia de sus aventuras y desventuras, que él guardaba escrita en su corazón: la leyenda de una ejemplar amistad.

Granada, septiembre de 2011.

Pedro Cerezo Galán